

EL MECANISMO DE LA HISTORIA

por

Patricio Pron

Mientras me encontraba en la pequeña isla de Juist, un incidente sin importancia —yo había estado cenando en un restaurante y el empleado tardó una buena docena de minutos en traerme la cuenta, pese a que el local estaba vacío— llevó a que perdiera el último barco del día en dirección al continente. Había llegado esa mañana con la intención de escribir un artículo para una revista de viajes acerca de esa región del Mar del Norte que los alemanes llaman Frisia Oriental, pero, ya antes de cruzar a la isla, mientras me encontraba aún en Norddeich, había comprendido que ni siquiera el engaño y la exageración, que son tan útiles para quienes escriben sobre viajes, podían volver atractivo lo que había visto durante el día anterior, pueblos que se asemejaban los unos a los otros —y hasta tenían nombres similares, que parecían haber surgido de un cuento de Edgar Allan Poe o de Howard Philip Lovecraft: Wiesmoor, Neermoor; Hooksiel, Harlesiel, Bensorsiel; Eilsum, Pewsum, Wybelsum, que sonaban como si en ellos sólo pudiera ocurrir lo peor— y tenían tiendas iguales de un tamaño irracional y una población amargada y hostil. Sabía que estos pueblos se animaban con la llegada en verano de miles de turistas que no podían costearse vacaciones en Mallorca o simplemente no querían renunciar a su buen periódico alemán y a su buen pastel alemán y a su buena lluvia alemana, y por esa razón había deseado visitarlos fuera de temporada, cuando la ausencia de los turistas permitiría hacerse una idea de cómo eran realmente, pero sólo había encontrado arbustos y arena y faros en miniatura pintados de azul o de rojo, nada sobre lo que valiera la pena escribir. Y sin embargo, al ver el último barco del día abandonar el muelle de Juist, rodeado de los pocos viajeros que acababan de

desembarcar y aún intentaban orientarse, y de los lugareños que habían ido a despedir a alguien y parecían querer demorar cuanto fuera posible el regreso a sus hogares, pensé que la única forma de compensar todas las incomodidades y la pérdida de tiempo que ese viaje significaba era escribir de todas formas ese artículo, escribir sobre las maravillosas islas alemanas azotadas por el viento y sobre el mar blanco, y luego sentarme a pensar en los infelices que en ese momento prepararían sus valijas. Esta es la clase de cosas que alegra la vida de quienes escriben sobre viajes; eso, y los cheques y volver a casa.

from *El mundo sin las personas que lo afean y lo arruinan*. Barcelona: Random House Mondadori, 2010